



**CARTA A UN INTERROGADOR DE  
ESFORZADOS INVESTIGADORES**

**Jaime García Padrino**

Querido Paco:

He leído, como miembro del Comité de Redacción de esta revista, tu artículo –cargado de entrañables recuerdos– sobre lecturas de otros tiempos. Cuando comentamos los artículos recibidos para el correspondiente número de *Amigos del Libro* –en este caso, el que tienes ahora en tus manos–, compartí con mis compañeros en esa tarea de revisión y selección el interés por la colaboración que nos habías enviado y, sobre todo, la intención de ocuparse así de tiempos y épocas más o menos lejanas. Pero la brevedad de tus apuntes y reflexiones y la somera indicación de algunos datos, me dejaban un sabor a poco, a algo que debería ser completado.

Naturalmente, el Comité de Redacción desechó enseguida, y de forma unánime, la posibilidad de sugerirte tales ampliaciones o concreciones, pues bastante es ya que alguien acepte –como en tu caso– una petición de artículo para nuestra revista y, por encima de todo, lo haga pronto y bien. Así que como míos eran los reparos al artículo debatido –bien pocos y además, “sin acritud”–, mía debía ser la obligación de contestar al interrogante que planteas al final de tus líneas. Pues a ello vamos.

Hombre, Paco, desconocido no es ese capítulo de la literatura infantil en España, si nos referimos a los autores y a las ediciones de la postguerra. Mal conocido, sí, y poco difundido, también. Sin ir más lejos, yo mismo he tratado algo tales temas en algún libro y en otros artículos. Pero, a veces, los trabajos de los “esforzados investigadores” no llegan como ellos –nosotros– quisieran.



Ni a los amigos como tú. Y antes que yo, y con más mérito y mejor conocimiento directo de aquella realidad, lo hizo Carolina Toral. Y si nuestra común amiga, doña Carmen, quizá lo pasó por alto, seguro que no fue por desconocimiento, sino por una estricta y muy personal primacía de criterios estéticos sobre otros factores históricos.

Lo más importante –que no quiero dejar sin señalar ahora– es que de las dos colecciones que así recuerdas, la “Biblioteca de Lecturas Ejemplares” fue una meritoria iniciativa editorial de aquella difícil década de los cuarenta y de buena parte de los años cincuenta. Uno de tales méritos destacables hay que atribuírselo a servir entonces de “vivero” para la promoción de ciertos autores españoles, acompañados –eso sí– de peculiares traducciones. De tal modo, sobre las imágenes que acompañaban a tu artículo, te diré que Antonio Muñoz Escámez fue un curioso y prolífico autor del que pocos datos biográficos tengo, si bien me gustaría que estuviese emparentado y que fuese así continuador, más de cuarenta años después, de la labor de otro Muñoz Escámez, José, egregio representante de los creadores que dieron a la luz los famosos “Cuentos de Calleja” en los años de la transición de siglo.



Il. anónima para *Misión Diplomática* de Montserrat del Amo y Gili (Madrid: Escelicer, 1950, p. 21).

Pero junto a Antonio Muñoz Escámez –autor además de esas *Aventuras de un bachiller en África Central* (1948), de *Alfredo el marino* (1948), de *El camino de la vida* (1948), de *Aventuras de los hermanos Smith* (1951), de *Perico en París* (1951), de *El campeón* (1952), de *Sólo en la vida* (1958), y algunas traducciones dentro de la citada colección–, apareció, por ejemplo, una obra de José Toral, *La odisea de Pedrín (Historia de un niño)* (1948), adaptada por su hija Carolina Toral Peñaranda, y de la que te recomiendo leas la encendida crítica que incluyó en su *Literatura infantil española* (por cierto, Paco, si quieres te la presto. Vale).

Ahora bien, la “Biblioteca de Lecturas Ejemplares” dio a conocer las obras de una novel autora entonces, que con aquella Editorial Escelicer –con sedes en Cádiz y en Madrid– iniciaba una larga y fértil andadura con la que nos sigue ofreciendo hoy creaciones, como la recién aparecida *La cometa verde* (1996): Montserrat del Amo. Sí, Montse, “nuestra” Montse, “la misma –como su madrileñismo le hace decir– que viste y calza”; “la” Montse que nos regala con su simpatía, su amista y su sempiterna sonrisa juvenil. ¡Te parece poco mérito para aquella “Biblioteca de Lecturas Ejemplares”! En ella aparecieron *Misión diplomática* (1950), *Cuando las rosas florecen* (1951), *Todo un joven* (1952), *Montaña de luz* (1953) y *Patio de corredor* (1956). Y en otras colecciones de la misma Editorial Escelicer, *Hombres de hoy, ciudades de siglos* (1948), *El osito Niki* (1950), y *Fin de carrera* (1950)

Bueno... Espero, Paco, haber contestado –bien poco, la verdad y con muchas inconcreciones– a tu interrogante. Si no te he dado –y claro, tampoco a nuestros lectores que han tenido la paciencia de seguir este peculiar diálogo– mucha información, espero que ojalá sirva para que, por un lado, otros y otras esforzados/esforzadas investigadores/investigadoras –toma ya enumeración– recojan también la antorcha de esa preocupación por nuestra historia; y, por otro, para que los interesados en general por tales o similares temas busquen y reclamen un mejor acceso a las fuentes bibliográficas que, aunque modestas o poco conocidas, ya existen.

Con nada esforzada amistad, un abrazo de

Jaime G<sup>a</sup> Padrino



P.D. Estas son algunas de las fuentes bibliográficas que antes indicaba:

- TORAL, Carolina (1957): *Literatura infantil española*. 2 vols. Madrid: Cocolsa.
- GARCÍA PADRINO, J. (1996): "La literatura infantil en la postguerra española (1939-1952)", en AA.VV., *Literatura española alrededor de 1950: Panorama de una diversidad*. Edición de M. J. Ramos Ortega y A. Pérez-Bustamante Mourier. Cádiz: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, pp. 257-285.
- (1996): "El libro infantil en el siglo XX", en AA.VV., *Historia Ilustrada del Libro Español*. Dir. Hipólito Escolar. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez.



Il. anónima para *Alfredo el marino*  
(Cádiz: Escelicer, 1948, p. 30).